

LA PROFECIA DEL ULEMA

Estambul la perezosa
Cabe el Bósforo tendida
Expirar tras de Tofana
Mira ya la luz del día.
A medida que el sol huye
Y las sombras se aproximan.
Va llenándose de amor las
Que la alumbran é idealizan,
Cual sultana á quien rodean
Vaporosas odaliscas
Que las sienas le coronan
De brillante pedrería.
Sobre mirtos y cipreses
Vense alzarse sus mezzitas,
La soberbia Suleimaria,
La gentil Santa Sofía.
¡Oh dolor! ¿Y es esta aquella
Donde un tiempo de rodillas
Al Dios mártir del Calvario
Alabanzas se rendían?
¿Cómo en vez de la cruz santa
Esa media luna brilla?
¿De esos cuatro minaretes,
Tú, Isidoro, (1) qué dirías?
Las de pórfido y de jaspe
Columnatas tan altivas,
Del pagano un tiempo orgullo
Y del Orbe maravilla,
Que del Sol y Diana al templo
Dió la ciega idolatría
¿Para tál, Efeso y Roma,
Enviásteis convertidas? (2)
¿No ha quedado en su recinto
Algún eco que repita
Una nota, por acaso,
De los cantos del salmista?
Penetremos—¿Qué desierto!
Qué tristeza se respira
En la nave ayer sagrario
De la santa Eucaristía!
En la paz de un cementerio
Yace hundida la mezzita—
Mas ¿qué forma ó sér humano
Allí inmóvil se divisa?
Su talante y vestidura,
Su gran barba encanecida,
Y la hora, y el silencio
Y actitud en que medita,
Dejan ver que es el Ulema
Que anda en labios de la villa
Por sus aires misteriosos
Y su gran sabiduría.
Y allí está, como refieren,
La siniestra en la mejilla,
Y apuntando á una columna
Frente á él—siempre la misma—
Lentamente aclara el ámbito
Una débil luz pajiza
Que él no advierte, dado todo
Al pensar en que se abisma;
Y ve entre él y la columna,
Cual por ella producida,
Una sombra frente á frente,
Que se encarna y que se anima.
La dulzura de sus ojos
Le penetra y le cautiva;
Y aunque cerca, su voz oye
Cual de siglos emitida:
—Dime, dime, buen Ulema,
Que el Dios vivo te bendiga,
¿Qué te apega á esta columna?
¿Algo oculto aquí te guía?
Será acaso luz del ciclo,
Que á tí sólo te ilumina;
Porque todos van y vienen,
Y ninguno hacia aquí mira.
—Buen anciano, buen anciano.
(El Ulema le replica)
Aunque infiel no te pregunto
Cómo entraste en la mezzita:
El respeto me lo veda;
Que en tu frente en claras líneas
Con asombro estoy leyendo
La gran suma de tus días.
Yo no sé, no sé quien eres;
Que eres monje sí me indican
Ése largo *comboloio* (3)
Y esas ropas carmelitas.
Pero hoy es, por buen acaso,
Oportuna tu visita:
¿Sabe tú qué fecha es esta?
—Creo que sí... Ya Mayo expira... (4)
—Sabio monje, que amas veo
La inmortal sabiduría:
Oye, pues, algo que ignoras,
Y muy cierto, por desdicha—
Tal diciendo, de su pecho

Una hoja saca escrita;
Mientras el monje por sus labios
Vagar deja una sonrisa.
—¡Alá quiera perdonarme!
Vas á oír mi profecía!
Mía nó; me fué dictada,
Tiempo ha, por voz divina.
—¿Perdonarte? (dijo el monje)
La verdad, de Dios es hija;
Y ofenderle nunca puede
Quien la sabe y la predica.
—Sigue, sigue, buen Ulema,
Que es el cielo quien te inspira:
Cuando acabes, te prometo
Darte prueba decisiva.
—Seré breve. Ha muchos años,
Siglos yá, la cruz se erguía
Donde está, sobre este dombo,
Del Profeta la alta insignia.
Mahomet el Victorioso
Vió á Estambul y ardió en codicia;
E intimó con arrogancia,
Que por suya la quería.
La repulsa le halló fuerte:
Con sus lonas á la brisa,
Sus trescientos de galeras
Todo el Bósforo cubrían;
Y el ejército de tierra,
Numeroso como espigas,
La cercaba coronando
Sus contornos y colinas.
El estrago y la matanza
Duran días y más días;
La bombardas que retruena,
El fragor del rayo imita.
Rojó incendio es el espacio,
Con las bombas despedidas;
Ignea sierpe el Cuerno de oro,
Con las llamas que vomita.
Entre tanto, tus hermanos,
A su Dios vuelta la vista,
Cual si nada aconteciese,
Con la fe que los anima.
Ni sus templos ni oraciones
Descuidaban por un día;
Y se oían sus campanas,
Que llamaban á la misa.
Mahomet al cabo triunfa:
Asolada, no rendida,
Con su alfanje en sangre tinto,
La ciudad entrar le mira.
Y entre tanto que las turbas
Se desbandan, impelidas
Por su sed de sangre y oro,
Y saquean y exterminan,
El, creyendo á Alá dar gloria,
Galopando á toda brida
Aquí vuela desalado...
¡Ay de tí, Santa Sofía!
¡Ay de tí, ya está á tus puertas!
¡Dentro yá se precipita!
Su caballo halló á tus fieles
En tal hora de rodillas.
Con furor, bajo sus cascos
Los aplasta, los destriza;
Y las carnes rechinaban,
Y los cráneos recurriján!
Oíciaba en tanto un monje;
Y era el punto en que á alzar iba...!
Bajó el ara con la hostia,
Que en sus dedos fulgecía.
—Vuela á él el Victorioso...—
Como sombra se disipa...
El altar quedó desierto,
Y la misa interrumpida.
Qué se hiciera, nadie supo...
Hoy lo sé, tras tantos días...!
—Decir puedes que le has visto;
Tan fiel es lo que recitas.
—¿Cómo sabes...?
—Sigue, Ulema,
Que es el cielo quien te inspira:
Cuando acabes, te prometo
Darte prueba decisiva.
—¿Ves, O monje, esta columna?
—Sigue, Ulema... —Ya caía
El alfanje en su cabeza
Y á rodar por tierra iba,
Cuando en ella se abre y cierra
Invisible puertecilla...!
Desde entonces está ahí el monje,
Centinela en su garita.
—¿Centinela de la noche!
¿Qué hora es...?—Ya viene el día...!
(Clama el monje en voz profética,
Con palabras de Isafas)
—Y así es! (dice el Ulema)
Se dijera que adivinas
Lo que falta por decirte
De la oculta profecía.
¡Ay de tí, Reina del Bósforo,
Que se acerca tu caída!
Ay del libro del profeta!
Y la fe del islamita!

A ser templo del cristiano
Volverá Santa Sofía;
Y saldrá de su columna
Ese monje que la habita,
A acabar el sacrificio
De la misa interrumpida...!
Creo ya verle, que de ahí sale...!
—¡Sí, le ves, está á tu vista!
—Dice el monje; y exclamando
“¡Dios, Ulema, te bendiga!”
Una cruz le hace en la frente,
Y se vuelve á su garita.—
Nadie supo del Ulema;
Que al hallarle al otro día
Muerto en pie, como una estatua,
El Muftí, le enterró á prisa:
—Pues con pasmo vió en su frente,
Cual señal con él nacida,
Indeclible á todo esfuerzo,
De Jesús la cruz bendita:
Vió su mano aun apuntando
Al pilar que al monje abriga;
Y en la otra abierto el texto
De la santa profecía.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Caracas, 24 de Junio de 1892.

EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO

AL DR. D. JUAN BTA. CASTRO (ARCEDIANO)
De la Academia Española de la Historia

No hay en Venezuela así como en las Antillas y gran porción de las costas americanas, quien no conozca el título de esta leyenda y lo que él significa. En Caracas y otras ciudades, al comenzar los primeros días del mes de Octubre, si por casualidad se presenta alguna lluvia acompañada de fuerte viento y de descargas eléctricas, la mayoría de los habitantes piensa, á un tiempo, en el Cordonazo de San Francisco, que por lo regular, tiene efecto el 4 de Octubre, día en que la iglesia católica conmemora al mártir de Asís.

¿Qué quiere significarse con este título, del Cordonazo de San Francisco? Es equivalente de tempestad, de tormenta: es el nombre cristiano del fenómeno meteorológico que se presenta en la época del equinoccio de Otoño, en obediencia á leyes inmutables del organismo terrestre. En el océano el Cordonazo está representado por el viento desencadenado que levanta y entumece las olas, que azota los escollos, las costas, sepulta las embarcaciones: por las nubes de aspecto siniestro que, preñadas de agua, se agitan, y en cuyos dominios centellea la fuerza eléctrica que se descarga enfurecida, hiriendo los aires en zigzag y llena los espacios de ruidos que repercuten en lejanía: es la lucha de las regiones de la atmósfera con las aguas del océano. En tierra el Cordonazo arranca los árboles seculares, llévase como aristas los techos de las casas, flagela, destruye ciudades y aldeas, y en su curso circular, se introduce por las cañadas, se apodera de los valles, siempre destructor, hasta extinguirse. Los aztecas llamaron al Cordonazo *huracán*, que equivale á *corazón de la mar*, *corazón del ciclo y de la tierra*: Los Nahuas no podían concebir al autor del Universo sino en el cataclismo, cuando bambolean las montañas y se estremecen los continentes, cuando el océano enfurecido, vertiginoso, terrible, se retuerce en la profunda cuenca que le sirve de prisión. La ciencia moderna, en atención al curso circular del huracán, le llama ciclono. De manera que ciclono, huracán ó Cordonazo de San Francisco, son nombres de un mismo fenómeno, ya en los mares de la India, ya en el mar de las Antillas, ya en el interior de las islas y de los continentes.

Se comprende que este nombre de Cordonazo de San Francisco dado á uno de los ciclones de Octubre, época del equinoccio de Otoño, no puede referirse sino á la época que siguió al descubrimiento del Nuevo Mundo; y nada más natural á los marinos españoles que comenzaron la navegación del Atlántico, que bautizar con nombre tan expresivo á la tempestad que se presentaba el 4 de Octubre, día del santo franciscano, quien aparece siempre de súbito, fustigando con el cordón la ola, sepultando á unos naufragos y salvando á otros, que en los grandes cataclismos de la naturaleza no todos los seres están destinados al sacrificio. Que la tempestad se presente el 4, ó días antes ó días después, ó en cualquier mes del año, poco importa, pues ya el uso ha establecido que Cordonazo de San Francisco equivale á temporal, huracán, tempestad, ciclono, en todos los mares del globo.

En la historia de la Antilla española San Juan

(1) El arquitecto que reedificó á Sta. Sofía.
(2) Para su construcción se llevaron á Constantinopla ocho columnas de pórfido del templo del sol en Roma, y ocho de jaspe del de Diana en Efeso.
(3) Rosario.
(4) Constantinopla fué tomada el 29 de Mayo. (1453)